
CAPITULO XIX.

CAZA Y PESCA DE LOS MEXICANOS.

CAZA DE LOS MEXICANOS.

No hubieran podido los mexicanos reunir tantas especies de animales, á no haber sido diestrísimos en el ejercicio de la caza. Servianse del arco y flechas, de dardos, de redes, de lazos y de cerbatanas. Las cerbatanas que usaban los reyes y los magnates, estaban curiosamente labradas y pintadas, y aun guardadas de oro y plata. Además de la caza que hacían los particulares para proveerse de víveres ó para su diversion, hacían otras generales y extraordinarias, ó prescritas por los reyes ó establecidas por costumbre para proporcionarse las víctimas que habían de sacrificarse. Para esta se escogía un gran bosque, y por lo común era el de Zacatepec, que estaba poco distante de la capital y en él se señalaba el sitio más oportuno para tender los lazos y las redes. Hacían entre muchos millares de cazadores un gran cerco al bosque, á lo menos de seis ú ocho millas de circunferencia, según el número de animales que deseaban coger; pegaban fuego por diferentes puntos al bosque y hacían al mismo tiempo un rumor espantoso de tamboriles, cornetas, gritos y silbidos. Los animales espantados del fuego y del ruido, huían hacia el centro del bosque donde estaban preparados los lazos. Los cazadores se encaminaban al mismo sitio, y continuando siempre el rumor, estrechaban el círculo hasta dejar un pequeñísimo espacio á los animales. Entonces los atacaban todos con las armas que llevaban apercibidas. De los animales unos morían y otros caían vivos en las redes y lazos ó en las manos de los cazadores. Tan

grande era la muchedumbre y variedad de los animales que se cazaban, que oyendolo decir el primer virrey de México, y no pareciendole creíble, quiso hacer por sí mismo la experiencia. Señalose para la caza la llanura que está en el país de los otomites, entre los pueblos de Jilotepec y San Juan del Río y se dispuso que los indios la hiciesen del mismo modo que en el tiempo de su gentilismo. El mismo virrey pasó á la llanura con gran séquito de españoles, y para su alojamiento se habían dispuesto algunas casas de madera. Once mil otomites formaron un cerco de más de quince millas de circunferencia y hechas todas las operaciones que hemos descrito, resultó tanta caza en la llanura, que maravillado el virrey mandó dar libertad á una gran parte de los animales que se habían cojido, y sin embargo, fueron tantos los que quedaron, que parecía inverosímil su número, si no hubiera sido un hecho público y probado por el dicho de muchos testigos, y entre ellos uno digno de todo crédito. Se mataron más de seiscientas piezas entre ciervos y cabras monteses, más de cien coyotes, y un número extraordinario de liebres, conejos y otros cuadrúpedos. Hasta ahora conserva aquel sitio el nombre español de Cazadero que entonces se le dió.

Además del modo ordinario de cazar, tenían otros particulares y proporcionados á la naturaleza de los animales. Para cazar monos hacían fuego en el bosque y ponían entre las brazas una piedra llamada por ellos *cacalotell* (piedra negra ó del cuervo), la cual tiene la propiedad de estallar con gran estrépito cuando está bien inflamada. Cubrían el fuego con tierra y esparcían en torno un poco de maíz. Acudían atraídas por el grano las monas, con sus hijos en brazos y mientras estaban tranquilamente comiendo, estallaba la piedra. Entonces echa-

ban á correr las monas despavoridas, dejando á sus hijos en el peligro, y los cazadores que estaban en acecho los tomaban antes de que volbiesen por ellos las madres.

Tambien es curioso el modo que tenian y aun tienen para cazar patos. Hay en los lagos del valle y en otros del reino, una multitud prodigiosa de patos, ánades y otros pájaros acuáticos. Dejan los mexicanos nadar en las aguas á que ellos acuden, algunas calabazas vacías, para que acostumbrándose á su vista, se acerquen á ellas sin temor. Entraba el cazador en el agua, ocultando todo el cuerpo debajo de ella, y cubierta la cabeza con otra calabaza vacía; el pato se acercaba para picarla y él lo cogía por los pies y lo ahogaba. De este modo cazaba cuantos podía llevar.

Cojian vivas á las culebras, ó atrayendolas con gran destreza, ó atacándolas intrépidamente, cogiéndolas del cuello con una mano y cosiéndoles la boca con otra. Todavía se sirven de este género de caza y continuamente se ven en las boticas de las ciudades muchas culebras vivas cogidas de aquel modo.

Mas nada es tan maravilloso como su tino en seguir las fieras por su huella. Aunque no dejen traza ninguna en la tierra por estar esta cubierta de yerba ó de las hojas secas de los arboles, pueden, sin embargo seguirlas, especialmente si estan heridas, observando atentísimos ó las gotas de sangre que dejan en las hojas, ó la yerba que han pisado y abatido.”

(“Diccionario Universal de Historia y Geografía.”—Apéndice.—Tomo I, pág. 551).

“PESCA DE LOS MEXICANOS.

Mas que á la caza eran los mexicanos aficionados á la pesca, de resultas de la situación de su capital y de la proximidad del lago de Chalco, tan abundante en peces: En este ejercicio se emplearon desde su llegada al país, y con la pesca se proveian de todo cuanto necesitaban. Los instrumentos de que mas frecuentemente se servian eran la red, el anzuelo, la nasa y otros.

Cogian los cocodrilos de dos diferentes modos, el uno era enlazándolo por el cuello; y este era el mas comun, segun dice el Dr. Hernandez, aunque no se explica la manera de ejecutar una accion tan arrojada contra tan terrible animal. El otro modo, que aun está en práctica, es el mismo de que se servian los egipcios contra los célebres cocodrilos del Nilo. Presentábase el pescador con un baston fuerte en la mano. Las dos puntas del baston eran agudísimas. Cuando la bestia abria la boca para devorarlo, le metian el baston en la boca, y yendo á cerrarla el cocodrilo, quedaba clavado por las dos puntas. El pescador aguardaba á que se debilitase con la pérdida de sangre, y le daba muerte.”

Diccionario Universal de Historia y Geografía.—Apéndice. Tomo 3, pág. 132.

CAPITULO XX.

PICAPEDREROS, JOYISTA Y ALFAREROS, CARPINTEROS Y TEJEDORES MEXICANOS. CURIOSIDADES ENVIADAS POR CORTÉS A CARLOS V.

PICAPEDREROS, JOYISTAS Y ALFAREROS MEXICANOS.



LOS picapedreros, que cortaban y trabajaban la piedra para los edificios, no se servían de picas de hierro, sino de unos instrumentos de piedra muy dura: sin embargo hacían relieves y adornos. Pero más que estos trabajos ejecutados sin el uso del hierro causan asombro las piedras de estupendo tamaño y peso que se hallaron en la capital transportadas de muy lejos, y colocadas en lugares altos, sin el auxilio de los recursos que ha inventado la mecánica. Además de la piedra común, trabajaban el mármol, el jaspe, el alabastro, el itzli y otras piedras finas. Del itzli hacían espejos guarnecidos de oro y aquellas excelentes navajas que empleaban en sus espadas, y de las que se servían también sus barberos. Hacíanlas con tal prontitud que en una hora fabricaban ciento. El método de que se valían se halla descrito en las obras de Hernández, Torquemada y Betancourt.

Los joyistas mexicanos no sólo tenían conocimiento de las piedras preciosas, sino que sabían pulirlas, labrarlas y cortarlas, dándoles cuantas figuras querían. Los historiadores aseguran que estos trabajos se hacían con una especie de arena; pero lo cierto es que no podían hacerlos sin ningún instrumento de piedra, ó del cobre duro que hay en aquellos países. Las piedras preciosas que más usaban los mexicanos eran las esmeraldas, las amatistas, las

¹ Es decir los chalchihuites, las verdaderas esmeraldas eran raras.

cornalinas, las turquesas y otras desconocidas en Europa. Las esmeraldas eran tan comunes, que no había un señor que no poseyese un gran número de ellas y ninguno se enterraba sin tener una colgada al labio, para que le sirviese de corazón, según ellos decían. Fueron infinitas las que se enviaron á España en los primeros años después de la conquista. Cuando Cortés volvió por primera vez á España, trajo consigo, entre otras joyas inestimables, cinco esmeraldas, que según asegura Gomara, que vivía á la sazón, fueron apreciadas en cien mil ducados y por una de ellas querían darle cuarenta mil ciertos mercaderes genoveses para venderla al Gran Señor y además dos vasos de esmeralda, apreciados según Mariana, en trescientos mil ducados y que el mismo Cortés perdió en el naufragio que hizo en la desgraciada expedición de Carlos V contra Argel. En el día no se trabajan aquellas piedras, ni aun se sabe de donde las sacaban los antiguos; pero subsisten enormes pedazos de esmeralda, como un ara que hay en la catedral de la Puebla de los Angeles y otra en la iglesia parroquial de Quechula (si no es la misma que aquella), que tenían sujeta con cadenas de hierro, como dice Betancourt, para más seguridad.

Los alfareros hacían con barro no sólo toda especie de vasjería necesaria para los usos domésticos, sino otros trabajos de pura curiosidad, que pintaban de varios colores; pero no consta que conociesen el vidriado. Los más famosos alfareros eran los de Cholula, cuyas obras eran muy apreciadas por los españoles. En el día son famosos los de Cuautitlán.”

(“Diccionario Universal de Historia y Geografía,” tom. III, pág. 135.)—Apéndice.